

## Un amor de adioses, esperas y huidas

### *Pluma derrotada*

JUDITH NIETO

Editorial Universidad de Antioquia,  
Medellín, 2011, 70 págs.

I  
SIMÓN BOLÍVAR murió en Santa Marta el 17 de diciembre de 1830. Manuela Sáenz le sobrevivió veintiséis años, hasta su desaparición a causa de una difteria en su destierro del puerto peruano de Paita, el 23 de noviembre de 1856. Dos siglos después de cumplirse el proceso de emancipación de las colonias españolas en América, en virtud de las licencias de la ficción, la filósofa e historiadora Judith Nieto (Medellín, 1957) resolvió rescatar de la tumba a estos célebres y trágicos amantes y darles la oportunidad de entablar una última comunicación a través de un par de sendas cartas *post mortem*.

“El tiempo está hecho de memoria y olvido” es la frase con la que empieza esta novela breve, escrita con el propósito manifiesto de arrebatar del olvido el nombre de Manuela Sáenz, “portadora de un silencio impuesto por el discurso de la historia”, otorgándole una voz protagónica que le permite hablar en primera persona, “con el único fin de volverme eternidad en el verbo” [pág. 21]:

El tiempo lleva la fuerza helada del pasado, y la rememoración en este día de momentánea resurrección me convida a volver atrás, a ese comienzo marcado por 1822, fecha que, pensé, indicaba el norte de la gloria, pero que desembocó, y por una razón de amor, en el terror que contra mí sembraron las que quizá hoy sean capitales: Lima, Quito y, muy especialmente, Bogotá. [pág. 25]

Quien pretenda que a partir de este artificio epistolar póstumo –bien logrado, por lo demás– se encontrará ante una narración dinámica y entretenida, se decepcionará. *Pluma derrotada* carece por completo de trama, mal puede haberla en una historia donde ambos personajes tienen sus destinos definitivamente resueltos por la fatalidad de la muerte. Tampoco

hay lugar para revelaciones de carácter histórico, cosa que podría esperarse, dada la formación académica de la autora. El tono predominante en la novela está dado por la insistente evocación de los aspectos más conocidos de la relación de sus protagonistas: la lealtad incondicional de Manuelita hacia Bolívar, las constantes ausencias, fugas y partidas del Libertador, y la tenaz persecución a que fueron sometidos al ser derrotados por sus poderosos contradictores políticos.

II  
A despecho de otras versiones que afirman el dominio que llegó a ejercer sobre Bolívar, a Judith Nieto le interesa presentar en su libro a una Manuela Sáenz devota, que siempre antepuso a sus propios intereses los designios imperiosos del Libertador. Así se lo hace declarar sin ambages a la quiteña en la misiva que ésta logra dirigir a su amado desde las tinieblas cenagosas de la muerte:

Luego de una vida de ser acusada de gobernar sus pasos y dirigir sus decisiones, confirmo, bajo estas gotas de fuego del firmamento de Paita, que fue usted, por obra de su clara y constante posición de libertad, quien condujo los pasos míos. [pág. 29]

La sumisión que Manuela le profesa a Bolívar se traduce, paradójicamente, en una rebeldía insobornable y una soledad radical frente a una sociedad pacata incapaz de tolerar tales arrestos de libertad: “la soledad también estuvo de mi parte al momento de morir, a ella me condené, pues desde muy joven luché para ser una mujer diferente, una mujer consecuente” [pág. 27]. Al decir de la autora, junto a otras valerosas mujeres como Flora Tristán, Clorinda Matto de Turner, la Gaitana y Rosa Campuzano, Manuela Sáenz descolla en el panorama de su época por haber confrontado “el proyecto nacional trazado por el mundo masculino” y haber participado con “posiciones excéntricas y transgresoras en los reservados asuntos masculinos del Estado” [pág. 12]. Así, a través de las páginas de *Pluma derrotada* Manuela escribe cartas en un tiempo en el que poquísimas mujeres podían darse el lujo de hacerlo, cabalga como una ruda amazona en medio de las huestes patriotas, se niega a seguir

el camino dispuesto por las costumbres rígidas de su época, optando por abrirse paso a su propio arbitrio a modo de ejemplo para las demás mujeres, “osadía por la cual solo yo pagué” [pág. 30]. El propio Bolívar, en su carta de respuesta, es el primero en reconocer el recio carácter de su compañera y el temple “de una mujer enamorada que siempre se expresó en forma abierta, en una época que concebía lo femenino a partir de la restricción y del límite constante” [pág. 61].

La índole vehemente y fervorosa de Manuelita queda puesta de presente en la única cita auténtica de su puño y letra incluida en la novela, extraída de una carta que le escribió a Bolívar en febrero de 1823, cuya fiera contrasta con la expresión solemne y atildada que le atribuye Judith Nieto a la Manuela ficticia que escribe desde ultratumba:

Arránquese usted si quiere su corazón de usted, pero el mío ¡no! Lo tengo vivo para usted, que sólo es para mí toda mi adoración, por encima de todos los prejuicios. [pág. 57]

III  
Repudiada, primero, por ser hija de una relación ilegítima, y luego por enamorarse de Bolívar siendo una mujer casada y por su negativa a asumir dócilmente la subordinación de su condición femenina, la existencia de Manuela Sáenz, según la confesión que le asigna Judith Nieto en la novela, fue “difícil de principio a fin”. Su vida daría un giro definitivo el 16 de junio de 1822, cuando su mirada se cruzó por primera vez con la del Libertador desde un balcón de las calles de Quito:

Desde ese momento y por obra de la respiración venida de mi agitado corazón, como sucede en todo anuncio de amor, empecé a sentir lo que de verdad podría ser el amor. Lo que podría ser, solo eso... [pág. 31]

A partir de ese momento entregó su destino a lo que llegaría a ser una “estéril ilusión”. Lo apostó todo por amor, perdió, y aún así en su corazón cautivo nunca tuvo espacio para el arrepentimiento, solo para la espera:

[...] no tuve otra opción que la espera, pues todos aquellos que hoy leen las páginas de su vida y de su historia saben que Bolívar siempre

NARRATIVA		RESEÑAS
<p>partía y las mujeres lo aguardábamos; yo, Manuela Sáenz, fui una de ellas y, como tantas, no hice algo diferente a esperarlo. [pág. 29]</p> <p>Bolívar, por su parte, según revela en su carta póstuma, siempre huyó –“me era imposible permanecer; solo viví para los romances sin tregua y todos tan febriles, tan fugaces como lo que tarda en pasarse la página de un libro”, declara al comienzo de su respuesta–. La fortaleza de carácter de Manuela habría terminado por resultarle insufrible:</p> <p>[...] no lo niego –para qué hacerlo–: las cartas, las despedidas, los reclamos y los celos crearon la atmósfera de un amor del que yo, Libertador y hombre, siempre quise huir. Mi deseo de fuga se avivaba al lado de usted, Manuela, capaz de no desfallecer, pese a la constante censura y el chismorreo quiteño, limeño o bogotano. [pág. 57]</p> <p>Mientras Bolívar porfiaba en partir, Manuelita porfiaba en esperarlo; entre más él se fugaba, más ella permanecía. La capacidad de penetración psicológica con que el libro da cuenta de esta situación es una de las principales virtudes que cabe reconocerle a la autora de <i>Pluma derrotada</i>.</p> <p>IV</p> <p>Luego de casi doscientos años, desde sus respectivas tumbas –la de Manuela en el litoral Pacífico, el mausoleo de Bolívar en el Atlántico–, dos amantes reanudan epistolariamente su comunicación. No hay lugar para novedades o revelaciones, la obsesiva insistencia en los tópicos del amor trunco y desdichado crea una atmósfera opresiva y redundante, un mérito de la novela que termina padeciendo el lector. La vitalidad brilla por su ausencia en los monólogos de este par de fantasmas, apenas hay uno que otro raro asomo de intimidad, como el de la escena en que Manuela espía a Bolívar mientras éste revisa las amenazas de los conspiradores el día anterior a la noche septembrina:</p> <p>[...] ese día me acerqué al ojo de la cerradura –¡tantas veces lo hice!– y me di cuenta de que usted, querido Simón, con el flaco mentón puesto sobre la mano izquierda, leía detenido y concentrado, como quien revisa</p>	<p>en letras una carta de navegación que pronto ayudará a definir una ruta –¡nunca vi tanta soledad junta! [pág. 35]</p> <p><i>Pluma derrotada</i> es una novela breve reconcentrada, fantasmagórica. No hay en ella la savia lujuriosa ni el festín erudito y lingüístico de <i>La esposa del Dr. Thorne</i> (1987), la novela del venezolano Denzil Romero. Tampoco recrea la procacidad y la fidelidad de Jonatás y Nathán, las esclavas que acompañan a Manuela, como ocurre en <i>La ceniza del Libertador</i> (1987), de Fernando Cruz Kronfly. El libro está bien escrito, se diría que demasiado bien escrito. A tal punto abundan los raptos de elevación lírica en la escritura de ambos amantes, como en el caso de Manuelita:</p> <p>[...] anhelé con un grito encerrado en la garganta que el General estuviera conmigo, que me abrazara bajo el tropel de nubes que corrían sobre la sabana y que avanzaban por dentro, hondo, en mi corazón. [pág. 28]</p> <p>Escribo bajo esta tierra donde un epitafio de agua soporta mi desengaño. [pág. 39]</p> <p>Toco y repito su nombre, Simón. Sus letras las puedo tomar una a una entre la forma cerrada de mi mano, y con ellas, en conjunto, vuelvo a justificar el amor. [pág. 42]</p> <p>Bolívar no se queda atrás en estos despliegues de retórica elocuente:</p> <p>Pero nada, ni las huellas de este mar que aparenta viajar sin orillas, me impide ahora recorrer su nombre transformado en tierra esparcida, única aspiración de mis dedos sin carne, en esta noche, desde mi prolongado encierro, imaginada allá en su altura con una luna de alquitrán. [pág. 58]</p> <p>Palabra y recuerdo han sitiado esta página donde he dejado las formas de la nostalgia, el corazón insatisfecho y el rastro de ceniza, encarnación de mi cuerpo. [pág. 61]</p> <p>Este efusivo intercambio de cortesías a lo largo de setenta páginas resulta por momentos bastante cargante, pero en últimas termina por imponerse la pulcritud del estilo y la fuerza expresiva que revisten Manuela Sáenz y Bolívar como personajes históricos</p>	<p>que perduran y siguen motivando la creación de nuevos emprendimientos literarios. En el caso de <i>Pluma derrotada</i>, la ficción urdida por Judith Nieto concede a la trágica pareja una mínima victoria: la de volver a encontrarse por encima de las vicisitudes de la muerte, el tiempo y la distancia. Tal es, al menos, la conclusión a que llega Manuelita:</p> <p>Ahora, en esta lucha con la palabra, un triunfo, en medio de mi perdido combate final: lo veo de nuevo a usted, lo veo y otra vez me dispongo al escandaloso oficio de asistirlo con la mirada, con la misma que hoy tengo erguida, pese a la elevada carga de años que han hecho de mi vida un desterrado puñado de polvo.</p> <p>La distancia impuesta por la muerte ha sido inútil. Hay amores imposibles de destruir, así sobre ellos caiga la más alta fortaleza de odios. [pág. 43]</p> <p style="text-align: right;"><b>John Galán Casanova</b></p>